LOS LUNES DE LAS DE X.

Según nuestra costumbre de aquel curso, estábamos una noche jugando á la flor en el Café de París.

Advierto á los que no hayan estado en la corte ó no conserven clara memoria de todos sus lugares, que ni ese café es, á pesar de su pomposa muestra, nada elegante, sino que apenas si acierta á ser decente, ni, por otra parte, hay razón para que el honrado juego de la flor traiga forzosamente consigo el recuerdo de la taberna mal alumbrada y la baraja tanzada y grasienta.

Constituía además aquel entretenimiento un cariñoso homenaje que á su Montaña del alma tributaban varios de sus hijos, mientras descansaban de las arduas tareas escolares que había de llevarlos á darle nueva fama y aumentos.

Sucedió, pues, esa noche—la de un lunes de Enero—que acercándose á la mesa un infeliz, amigo de uno de los jugadores, le invitó—no tan en secreto que los demás no lo oyéramos—á ir á una tertulia de que era él asiduo concurrente y en la que había tenido ya la buena ocurrencia de anunciarle.

Aunque aficionadísimo este á esparcimientos como el que se le ofrecía, tuviera este ó el otro carácter, pues en todos los terrenos sabía pisar en firme, era, no obstante, montañés de pura raza, patriota de cuerpo entero, para el que no había tertulia tan sabrosa como la que nosotros le formábamos cada noche en aquel rincón, alejados de todos los demás parroquianos como si perteneciéramos á otra raza, y, más que por la intercedente y velada luz del gas, alumbrados por la clarísima y radiante de las memorias de la tierra.

Se le ocurrió un medio de salir con ambos gustos.

—¿No podrían ir estos?—preguntó señalándonos.

Eramos diez ó doce.

El invitante meditó, y, fuera por cordedad de genio, por sobra de amabilidad ó por el interés que en arrastrar á su amigo había manifestado, el caso es que al fin dijo:

—No hay inconveniente. Yo los presentaré con mucho gusto...

Así unidos, ya tenía el derecho quien quiera de llevarnos al Polo Norte.

Y fuimos.

Durante el camino, comunicábanse unos á otros en voz baja sus esperanzas. Estaba en la intención de todos sacar partido de la noche.

—¡Esas gentes deben ser del *cursi* más apretado!—dijo alguno...

Yo temblé. Compréndalo los que saben de lo que son capaces doce montañeses que han formado el propósito de divertirse juntos.

Pero ni por un momento pensé en volverme atrás. ¡Aunque saliéramos á tiro!

La casa, teatro de la fiesta, debía estar edificada, según cálculo verosímil, sobre el punto matemático en que Cristo dió las tres voces.

Muy lejos, pero al fin llegamos.

La sala era espaciosa, aunque no de arriba á abajo, mostrándose el techo demasiado íntimo con las gentes, hasta el punto de permitirse la familiaridad de un apabullo en el sombrero de todo aquel que le chocaba por alto.

Hízose nuestra presentación, y algunos de los apellidos pronunciados debieron sonar allí muy recio, pues, contra lo que temíamos, nuestra llegada fué recibida con visible agradecimiento.

No se cabía de gente. Las damas vestían en su mayor parte de *oscurito*. Las de claro estaban muy dignas de un consejo de guerra.

Mas uniforme el hábito de los caballeros, *trajébanse* la mayor parte con pantalón blanco, y todos sin excepción, con abundantes *chaquets* negros, de paño liso.

Parecía que se les había muerto á to-

dos algún pariente que no lo era sino de la mitad del cuerpo.

Nosotros íbamos bastante descuidaditos de ropa, pues sin el paternal amparo de la capa, ninguno solíamos ser nada en aquellos días á que me refiero.

Pero no debimos ser tachados por nadie, viéndose claro al poco rato que nuestras faltas en el arreo eran atribuidas únicamente á elegante desdén de las reglas establecidas, y en modo alguno á apuros financieros. Contribuía mucho á formar esta opinión el aplomo y la soltura, que hubieran pasado por desvergonzados en cualquiera otra parte, con que por entre grupo y grupo paseábamos nuestro raído atalaje.

En breve nos hubimos orientado todos y sacado en limpio que aquello era muy explotable.

Todos convinimos tácitamente en que estábamos llamados á ejercer allí la dictadura de la distinción, de una distinción inventada en aquel momento, una pesadísima broma que alguno hubo de llorar durante largos días con un ojo solo, impotente el otro para ayudarle por hallarse sepultado en las profundidades de horrible cardenal (*hematoma* que ya decíamos entonces.)

En su virtud comenzamos bien pronto á legislar dirigiéndose nuestras primeras disposiciones contra el rigodón. Ya no se bailaba así en ninguna parte.

La segunda figura había que bailar á grandes saltos, cogiéndose los hombres con ambas manos las puntas anteriores de la levita. Al cruzarse cada uno con la dama de enfrente, hacía un arco con los brazos, por el que, previas dos ó tres piruetas, pasaba aquella.

También era de muy buen tono en las últimas figuras que el caballero libre llevara cogido de la nariz al que daba sus manos á las dos señoras.

Este último perfil no hizo, sin embargo, tanta fortuna.

A todo esto, uno de los *hermanos* tuvo sed, y rogó á uno de los antiguos tertulios le indicase donde podría satisfacerla.

En el comedor había una jarra con agua y un plato, pintado de un paisaje verde, con azucarillos.

Dada la ausencia de vasos, dió aquel impertinente en no explicarse la presencia de los azucarillos; y como no era hombre que pactase nunca treguas con la duda, tomó el plato y la jarra, y dirigióse en pleno salón á la dueña, á preguntarle si los *bolados* habían de *sumergirse desde luego en la masa común*.

Hecho que señala ya el principio de nuestra decadencia, la cual, no obstante, merced á ciertas gestiones diplomáticas, había de tardar todavía algún tiempo en convertirse en total caída y ruina inevitable.

También cantó una señorita que sabía... vengar á la tertulia de aquellas atrocidades.

Pero llegó é excederse. Después de sufrir en silencio aquella paliza de *peteneras*, teníamos derecho á todo.

Así es que se hizo saber á la señora de la casa que también entre los presentes de aquella noche había quien cantara.

Verdad es que el artista no conocía bien sino los cantares populares de la Montaña. Pero *el pueblo es un gran poeta*:

Echa la barca al agua,
échalá luego,
que la barca en el agua,
morenita mía,
la lleva el Ebro.

Hé aquí un delicadísimo pensamiento que cautivó á todas aquellas damas.

El relincho final con que acababan todas las coplas montañesas quedaba á cargo de los coros... Por ahí pueden ustedes sacar la cuenta.

¿Quién de los nuestros fué el que propuso luego bailar un cotillón?..

No me puedo acordar. Ello es que al objetarle que no había con qué hacerle,

pidió un almohadón, un abanico y una vela.

Los dos últimos utensilios le fueron inmediatamente servidos. A buscar el último fué hácia las habitaciones interiores la señorita de la casa, cuya señorita debió juzgar que quién dice almohadón dice almohada, y se presentó en breve con una que mostraba haber recibido más de una consulta en más de una noche.

Yo no he visto nada comparable al aplomo con que el futuro director del *cotillón*, honrado por su libérrima voluntad con este cargo, dijo al recibir lo pedido:

—Sabe usted que están ya tan poco en boga las almohadas súcias para estas cosas!...

Todos comprendimos que de allí no podía pasarse. ¿A qué, pues, contener la risa que nos produjo la observación?

.....

.....

.....

Cada uno de estos puntos suspensivos representa una bofetada dada ó recibida enfrente de aquella puerta, testigo mudo de la horrible batalla campal sostenida entre *los de la casa* y *los de afuera*.

Claro está que de la refriega no saqué yo la mejor parte ni muchísimo menos, y que atribuyéndose aquellos energúmenos derechos que solo pertenecen al cielo, recibí, conforme á la sagrada promesa, ciento por uno. Cada conato mio de *piña* ó de sopapo, era llave que abría un arroyo de bofetadas, ansioso de bañar mi cara.

Creo que al quemé viniera hoy á proponer una hazaña como aquella, no me contentaría con menos que con repetir en él una salutación de aquellas.

Pero confieso con rubor que en la junta habida días después del suceso para discutir la conveniencia de volver á la tertulia, no fué mi voz la última que defendió la idea de volver á honrar los *lunes de las de X*.

M.

PARÍS POR DENTRO.

LE VERNISAGE.

Faltaría á su deber el corresponsal en París de un periódico como EL ATLÁNTICO si no consagrara un artículo al estudio del Salón de Pinturas; pero el que firma estas líneas, por más que á fuer de *parisien parisienant* haya asistido hoy al *vernissage*, tiene que explicar á Vds. su manera de ver en lo que se refiere al hecho de escribir este artículo sin intentar describir en él los cuadros que en el Salón figurarán, y hablando en su lugar de algo más comprensible allende el Pirineo, del estado de la pintura en Francia, de lo que es el Salón, de lo que se entiende aquí por *vernissage*, porque al paso que vamos, en esta hermosa lengua francesa el deseo de encerrar una serie de ideas en una sola palabra hará que, dentro de poco, todos los que no viven en París, incluso los franceses, necesiten aprender el *parisien*, lengua que va siendo enteramente distinta de la lengua francesa y en la cual, por ejemplo, *Salón* y *vernissage* no significan lo que creará el que sabiendo muy bien francés no haya vivido en París.

No voy á describir los cuadros, porque yo no creo que mi pobre y pedestre estilo, ni el del más aventajado de los escritores, pueda dar una idea por medio de la palabra escrita, de una obra pictórica. Además, en el Salón de 1886, no existe ninguna obra de arte capaz de inspirar el deseo de hacer el esfuerzo gigantesco que se necesitaria, para describir con la palabra lo que está pensado con el pincel y con la línea. Creo yo modestamente que pedir á un escritor que describa un cuadro, es próximamente lo mismo que esperar que un pintor pinte un artículo; así, pues, me limitaré á rogar á los lectores de EL ATLÁNTICO que

vinieran á ver el Salón, si mi conciencia y el cariño que les voy tomando, no me obligaran á decirles que la cosa no vale la pena de hacer tan largo viaje.

Sustituyamos, pues, la que sería insípida descripción de cuadros que no han visto, por algunas consideraciones acerca del estado actual de la pintura en Francia, dando al propio tiempo la significación de las palabras *Salon* y *Vernissage*.

.....

.....

Yo no sé si el que ha dicho que el hambre era la décima musa era un mal intencionado, que mediante semejante ingeniosidad, quería librarse de reconocer á los artistas y poetas el derecho de comer; pero lo que sí puedo asegurar es, que las artes, y sobre todo la de la pintura, no progresan en razón directa del precio á que los cuadros se cotizan.

Todavía no hace muchos años que, para pagar una deuda de 34 duros, el célebre paisajista Millet, cuyas obras se venden hoy á peso de oro, y más aún que á peso de oro, vendía diez y ocho producciones suyas, y se daba por contento; hoy cualquier pintorzuelo que cuente con media docena de gaceteros amigos, tiene casa propia y caballo de montar y asediado por invitaciones y banquetes, no se sabe á que hora pinta, puesto que en todas partes se le vé; y esto, que hace sus cuadros poco pensados y rápidamente hechos, puesto que la mayor parte se venden antes de que el pintor los empiece,—y aún se cobran,—determina en la pintura francesa una especie de fiebre comercial, que hace presumir que no está lejano el momento en que un cuadro de precio no sea más que el principio de un boceto con una firma conocida. Y éste y no otro es el origen, y ésta y no otra es la causa, del moderno impresionismo ó *chapurcerismo*.

.....

Hasta hace poco para que las obras de un pintor valieran esas sumas fabulosas á que aquí ahora se pagan, era preciso que el dicho pintor hiciera el doloroso sacrificio de morir; hoy para los literatos de verdad, rige aún tan dura ley, pero los pintores han sabido sustraerse á sus efectos, y el hecho de que sean opulentos todos los que empiezan á valer en el momento en que debieran empezar á ser trabajadores, hace que casi todo lo que hoy se ve sea la obra de una serie de principiantes ilustres, pero principiantes al fin y no maestros.

Conviene consignar también que aquí no se vé la luz de la manera que la vemos los que hemos nacido en esas tierras amadas del Sol; y como se pinta bajo un cielo de color de plomo, el color es también plomizo, y esta dificultad de ver la luz tal y como nosotros la vemos es una de las principales causas ocasionales de la escuela impresionista que queriendo ver el color como se vé en otras latitudes é insurreccionándose contra esta dificultad que no puede vencer, inunda sus lienzos de colores chillones, sin armonía alguna, que irritan la vista del menos irritable de los espectadores.

Confesemos, sin embargo, que así como el color es patrimonio de las escuelas Española é Italiana, así el dibujo lo es de la escuela Francesa, y por eso, sin duda, cuando el grabado reproduce la obra de un pintor francés resulta esta mucho más simpática que cuando se contempla el cuadro original. Por eso el retrato es una de las superioridades de la escuela francesa moderna, como también los paisajes y las marinas. En este género el Salón de 1886 contiene algo de verdaderamente notable.

Por el contrario, y como consecuencia de las consideraciones apuntadas, la gran pintura desaparece; y por *gran pintura* entiendo yó la de *historia*, la que se inspira en las leyendas, en los hechos heroicos del pasado, la que exige al propio tiempo, que una grande y poderosa imaginación, una erudición de primer

orden, un conocimiento exacto de las costumbres, usos y trajes de las diferentes épocas históricas, cosa que no se adquiere sino á fuerza de estudio y de trabajo impropio. Además hay otra razón práctica, y no artística, para que la pintura de historia decaiga; el pintor trabaja hoy más que por la gloria, por el dinero, y en este inmenso y devorador París, piedra angular de todo, los cuadros de historia, que por necesidad tienen que ser de grandes dimensiones, no encuentran fácilmente comprador, mas que por otra causa porque las habitaciones de los más opulentos son pequeñas y no cabe, se puede asegurar, en ninguna de ellas un cuadro como cualquiera de los que han hecho la reputación de los grandes maestros de la antigüedad. Esos son cuadros de museo y al precio en que hoy en todas partes se vende el terreno de edificación, cualquier rico vacilaría en construir un salón en el que cupieran el cuadro de *Las Lanzas de Velazquez* ó *El Entierro del Conde de Orgaz* de Grecco ó *El Pismo de Sicilia* de Rafael.

Se prolonga demasiado este para mí agradable artículo y suprimo una larga serie de consideraciones que aún se me ocurren para hablar—*revenant á mes moutons*—del Salón y del *Vernissage*.

.....

Es el Salón una exposición de pinturas que por primera vez se verificó en el Palais Royal hace 213 años, en 1673, y en él, como ahora, se exponían los cuadros y las esculturas que se consideraban notables. Gault de Saint-Germain, en su notable obra titulada *Tres Siglos de la Pintura en Francia*, obra rarísima, publica el catálogo de esta primera exposición. La segunda se verificó en el Louvre en 1699 y las demás se sucedieron en el mismo local hasta 1848.

En 1850 se volvió á verificar en el Palais Royal y en un espacioso barracón al efecto construido. Hoy apenas si el piso principal del inmenso Palacio de la Industria basta para contener en sus múltiples salones y espaciosas galerías la quinta parte de los cuadros, mientras que el ancho patio da asilo á numerosas esculturas de las que hoy no me ocupo temeroso de ser prolijo, pero acerca de cuyo arte en Francia anticipo á ustedes una afirmación que estoy dispuesto á sostener *urbi et orbe*, la de que la escultura francesa es la primera del mundo.

.....

El *Vernissage* consistía hasta hace muy pocos años en el permiso que se daba á los pintores de que el día antes de la apertura oficial de la Exposición barnizaran sus cuadros. Ellos solos tenían derecho de entrar ese día, y algún crítico tan influyente, sino tan indiscutible como algunos pretenden ni tan imparcial como menester fuera, como Alberto Wolff, del *Figaro*, excitaba la indignación de sus colegas porque recurriendo á la estratagema de disfrazarse de obreiro, y hasta dicen que llevando una escalera al hombro, penetraba en el sagrado recinto y conseguía dar cuenta al público 24 horas antes que todos los demás de las obras expuestas.

Poco á poco los pintores pudieron llevar á sus amigos, más tarde llevaron á sus amigas, y como la privación es causa de apetito, se hizo de moda el ver el Salón antes que los demás. Hoy el día del *vernissage* nadie barniza; más de 20.000 personas hemos asistido al del presente año y favorecidos por un sol de primavera, que se ha dignado asomar la cara, hemos visto, nó los cuadros, que eso era imposible, sino á todas las personas que en París valen ó aparentan valer. Duquesas del Faubourg Saint-Germain y generales y literatos codeándose con actores y bolsistas y señoritas más ó menos *horizontales* ó *arrodilladas*, pero todo esto radiante de lujo y de elegancia y de esta inagotable gracia francesa en la cual chispea el ingenio como en el fondo de la copa de champagne, centellea algo

pasajero pero extraño y embriagador que los químicos dicen que es ácido carbónico pero que yo creo que es alegría embotellada.

Pío SILBÉN.

Neully-Sur-Seine 30 de Abril de 1886.

LAS MARAVILLAS DE LA FÍSICA MODERNA.

I.

GLOBOS AEROSTÁTICOS.

Una carta de París dirigida al señor director de EL ATLÁNTICO, con fecha 25 del pasado, da cuenta de un acontecimiento ruidoso, y que promete un resultado sumamente feliz para el afortunado inventor.

Este suceso es la ascensión del joven ingeniero Mr. Louis Capaza en medio de los aplausos del numeroso público que, admirado, le contemplaba, y su descubrimiento de la dirección dada á los globos aerostáticos.

Esta noticia, de interés palpitante y de alta trascendencia para la Europa en general, llegó á nosotros cuando nos proponíamos dar á luz una serie de artículos sobre *Las maravillas de la física moderna*, y aprovechando tan oportuna circunstancia, comenzamos por este, cuya materia tanto preocupa á nuestros vecinos de allende el Pirineo.

Desde los tiempos más remotos ha pretendido el hombre elevarse á la región de los aires, y sus tentativas han costado muchas víctimas á la humanidad, tanto por el arrojo de los intrépidos exploradores, cuanto por la impericia en la dirección de las operaciones.

La ciudad de Annonay, en el departamento de Ardeche, fué la primera que en 1783 presenció este singular y peligroso espectáculo, ofrecido á la multitud por los hermanos Montgolfier, fabricantes de papel de aquella localidad. Para elevar su globo se sirvieron del aire caliente, y el resultado más favorable coronó la obra de aquellos insignes y únicos fundadores de la navegación aérea.

Un acontecimiento tan raro no pudo quedar oculto, y en 27 de Agosto del mismo repetido año, Mr. Charles catódrico de física de la Universidad de París, se lanzó á los aires desde los jardines de las Tullerías, en un hermoso globo fabricado en los talleres de Mr. Robert, cargado con gas hidrógeno, en vez del aire enrarecido de que se había hecho uso hasta entonces. La expedición tuvo un éxito felicísimo, y el ensayo de Mr. Charles excedió al de los hermanos Montgolfier, quienes desde aquel momento tuvieron un rival en el ilustre catódrico.

Estéban Montgolfier llamado por la Academia de las ciencias para que repitiera en París su celebrado experimento, se había hecho construir un aparato cosal y de gallarda forma, en el que dispuso una galería circular tejida de mimbres y cubierta de tela, en la que habían de colocarse todos los que, con el valor necesario, quisieran acompañarle en su expedición. Pilatre de Rozier y el Marqués de Arlandes le ofrecieron su concurso, y el 19 de Setiembre del mismo año se verificó la prometida ascensión á la vista del Rey, de la Corte y de un pueblo numeroso que les tributó, con ruidosas demostraciones, su aprobación y su entusiasmo.

Charles, que con la superioridad de sus conocimientos no podía dejarse vencer por el fabricante de papel de Annonay, dispuso otro viaje en compañía de Mr. Robert, y en primero de Diciembre salieron á bordo de un hermoso globo provisto de válvulas, de anclas, de sondas y de paracaídas, en el cual hicieron provechosos estudios de ascensión y descenso en mitad de su carrera. El público entusiasmado los proclamó *Reyes de los aires*, y las Academias sabias premiaron sus trabajos con honrosas distinciones.

Blanchard, el más intrépido de los aeronautas del siglo anterior, fué el primero que, con el auxilio de una vela é impulsado por el hidrógeno, cruzó en 7 de Enero de 1785 el estrecho que separa Inglaterra de Francia, regresando con la misma facilidad, y dando con ello una evidente prueba de la dirección de los globos. El viaje tuvo el éxito más lisonjero que podía apetecerse; pero sus consecuencias fueron funestas para otros que, como Pilatre de Rozier, Harris, Sadler, Olivarie, Mosment, Deschamps y Jorge Gale, perecieron desgraciadamente al querer seguir las huellas del atrevido Blanchard.

La ciencia hasta entonces no había descubierto su misterioso velo; el hombre vagaba por un piélago desconocido, y tantos esfuerzos y tanto valor eran inútiles, interín aquella hermosa beldad no iluminase el entendimiento humano con los rayos de su luz.

Veinte años hacía que Montgolfier había puesto en práctica sus primeros ensayos, cuando se pensó en aplicar la aerostación á las observaciones astronómicas. La Francia, siempre codiciosa de gloria, inició sus exploraciones en la región de la Luna, sirviéndose de un poderoso globo tripulado por dos intrépidos navegantes llamados Biot y Gay-Lussac. En aquella excursión, que según relato histórico duró más de 20 horas, se elevaron á una altura de 7,016 metros sobre el nivel del mar; el barómetro marcó una diferencia de 0,344, y el termómetro señaló una temperatura de 0° bajo cero. El frío era irresistible en aquellas latitudes; la sequía abrasa-

ba las fauces de los aeronautas, y la circulación de la sangre se aceleraba á causa de la falta de presión y del enrarecimiento del aire. Sus penalidades y sus peligros fueron muchos; pero sus esfuerzos y su valor neutralizaron tanta contrariedad, y las ciencias les son deudas de muchos descubrimientos que sin su heroísmo no hubieran llegado á conocer.

El estudio de nuestro satélite fué desde entonces el objeto más importante de la navegación aérea; y ya Barral y Bixio en 1850; ya Glaischer, director del Observatorio astronómico de Greenwich, en 1862; ya Spinelli y Sivel en 1864, y, finalmente, Gaston de Tissandier en 1870, hicieron tantos descubrimientos sobre la superficie de la Luna, que con sus planos y sus descripciones no queda nada por averiguar del suelo y de la naturaleza de aquel mundo misterioso.

Desde el año de 1870 al 1873 el afán al lucro hizo pensar á algunos hombres en aplicar al comercio la navegación aérea, y de aquí nació el pensamiento de la dirección de los globos. En ese tiempo Francia, España, Italia, Inglaterra, y muy particularmente los Estados Unidos, se dedicaron á buscar la resolución del problema, y una multitud de fórmulas circularon por los periódicos, creyéndose cada autor que la suya era la más perfecta y de más fácil aplicación. Sin embargo, hasta 1874, en que el alemán Gustavo Peyel construyó su globo «EL GIGANTE» no pudo comprenderse de una manera positiva hasta dónde llega la fuerza creadora de los hombres de genio, puesto que su aparato difería de todos los inventados hasta entonces.

El sabio lo ocurrido á Biot y Gay-Lussac, y formó un buque cerrado por cuatro muros de cristal de dos centímetros de espesor, fabricados en los mejores talleres de Bohemia. En cada lado se veía un poderoso telescopio de Herschel, móviles desde el interior por brazos de palanca, y la cubierta, que era también de cristal, se levantaba para dar paso al aire por cuatro crics colocados en los ángulos del edificio.

El aparato de hacer atmósfera era ingeniosísimo. Consistía en un gran recipiente dividido en cuatro departamentos, donde se formaban separadamente el oxígeno, el azoe, el ácido carbónico y el vapor acuoso. Todos estos gases se elevaban por tubos verticales provistos de su regulador, y unidos en uno que cerraba poderosa llave, se formaba atmósfera respirable con solo mover aquella siempre que las necesidades lo exigiesen.

En la parte exterior se hallaba colocado un buen barómetro encargado de señalar la altura á que se elevaba el aparato, y por último adosados á los transparentes muros, iban unos divanes de correa, que servían de asiento durante el día y de catre cuando llegase la hora del reposo.

El piso bajo, á que se descendía por una pequeña escalinata de cuerda, estaba dividido también en tres compartimientos; el primero era la despensa; el segundo el gabinete de estudio y el tercero el generador atmosférico y el gasómetro para extraer el hidrógeno.

Aquel suntuoso edificio se elevaba suspendido por cuatro poderosos globos colocados en los ángulos de la cubierta, y que se cargaban por medio de tubos de zinc hasta sus dos terceras partes, con lo cual bastaba para poner la nave en movimiento dejando el resto para la dilatación producida por la presión atmosférica.

La dirección se le daba por medio de dos ruedas en forma de aspa que llevaba en los costados, y las cuales se movían desde el interior con suma facilidad, y que dado el poco peso de «EL GIGANTE» le permitían hasta virar en redondo.

La expedición se hizo en primero de Junio del año ya citado, y los descubrimientos fueron tantos y tan provechosos para la Ciencia, que Gustavo Peyel mereció los elogios de todos los hombres doctos, tanto de Alemania como de la Europa en general.

Este fué el descubrimiento más perfecto y mas feliz que se ha hecho sobre la navegación aérea; y á pesar de su importancia, de sus resultados y de los sacrificios del autor, este no pudo conseguir el provecho que estaba llamado á esperar, ni aún el pago moral del gobierno á que con justicia era muy acreedor. Parece, pues, que una mano oculta y misteriosa se opone á los adelantos en este ramo de las ciencias; de cualquier modo los primeros pasos ya están dados y el camino espedito. ¡Quiera Dios que el que hoy se propone terminar la obra llegue á conseguirla con toda felicidad!

A. S.

MADRID.

No pasa día, en estos últimos de la temporada cómica, sin que los que, por necesidad ó por entretenimiento, andamos por los bastidores de los teatros y somos amigos de actrices y actores, recibamos una cartita, generalmente muy mona y muy historiada, concebida en estos ó parecidos términos. «Fulana ó Fulano de Tal tiene el honor de saludar á D. Mengano de Cual, y al mismo tiempo le envía, con un programa de la función dispuesta para su beneficio, la adjunta localidad por si se digna honrarle con su presencia».

Esto, á primera vista, parece un obsequio, merecedor de gratitud eterna; pero

mirado con detenimiento y calma no es ni más ni menos que un *sablazo*.

Entre las personas acostumbradas á los tiquis-miquis de la galantería, el que recibe un regalo de un amigo se contenta con dar una propineja al portador y le agradece ó lo finge, y se queda muy satisfecho de haber cumplido con los deberes que la educación le impone; pero entre la gente de teatro no sucede nada de eso, y ya sabe todo el que tiene la desgracia de recibirla, como ha de interpretar la insustancial cartita que más arriba copié.

Supongamos que el agraciado—y no debiera llamarle así, porque bien sabe Dios que la cosa maldita la gracia que tiene—supongamos que el agraciado, digo, es un autor dramático, á quien la dama ó el galán ó el gracioso, ó lo que fuese, que está de beneficio, ha estrenado alguna vez cualquier obra, así la silbara el público por culpa suya, que no sabía el papel ó que, aún sabiéndole, le representó muy mal. Pues no hay remedio: dada la costumbre, que en siendo abusiva es eterna, el autor está obligado á hacer un regalo al beneficiado, quien, para que no se le olvide la obligación, le envía siempre el recordatorio consabido.

Verdad es que, según el criterio de los cómicos, el que los autores les obsequien y regalen, y aún les adulen, no significa más que el pago de una deuda, porque lo que ellos dicen: sin nosotros ¿qué harían los autores de sus comedias? Sin que nunca se les ocurra preguntar que es lo que sin comedias harían ellos.

Encuentro yo muy puesto en razón con los adoradores de las actrices, siete-mesinos ridículos y entecos que anunciaban en *La Correspondencia* sus conquistas, ó varones espertos y poco escrupulosos que buscan esposas que los mantengan, aprovechen la ocasión del beneficio de sus amadas para demostrar á estas, con el visto bueno de joyeros y vendedores de chucherías, la pasión que los devora—frase consagrada—y el estado de sus fortunas; porque de algún modo se ha de probar el amor, y parece ser que los diamantes tienen una oratoria irresistible por lo convincente; pero no puedo menos de protestar contra estos *sablazos*, disfrazados de obsequios, que hieren á los infelices que no tienen tiempo ni gusto para hacer el amor, y que no son otra cosa que una manera poco simpática de pedir limosna, puesto que sustituye el amor propio al amor de Dios.

El autor, ya se sabe, si el beneficiado representa una obra suya, lo menos que puede hacer es cederle sus derechos, que viene á ser como si el sastrer y el zapatero le regalaran los trajes y las botas que saca puestas. Y en los teatros donde el autor cobra un tanto alzado por los derechos de representación de sus comedias, esto parecerá mezquino á las actrices y actores beneficiados y no librará al infelice del dictado de miserable con que se le motejará así que haya vuelto la espalda. Ahora, cuando las obras devengan el tanto por ciento de la entrada, ya el obsequio debe agradecerse, porque representa una gran cantidad, puesto que, á juicio del interesado, se han de vender todas las localidades la noche de su beneficio. Esto no sucede casi nunca; pero el autor queda bien, porque no hay cuidado de que los beneficiados lo confiesen.

¿Que no se representa obra del autor? Peor para este, que tiene que esprimir el bolsillo para comprar un regalo que á lo de bueno una lo de artístico y caprichoso, porque ha de estar una noche entera espuesto á la curiosidad pública, con el nombre del donante encima, y á nadie le gusta pasar por tacaño ó persona de mal gusto.

Respondiendo á una verdadera necesidad, se fundó no ha mucho en esta corte un comercio de objetos para regalos de mucha vista y poco coste, como decía el anuncio de la casa, con una ingenuidad encantadora; pero ¿qué sucedió? Que los cómicos torcían el gesto en cuanto veían la etiqueta que denotaba la procedencia del regalo, y que no se conseguía nada. Luego se vendían sin etiqueta; pero tampoco tuvo éxito la tentativa, porque no podían competir los regalos incluseros, como los llamaban, con los que iban acompañados de su fe de bautismo, firmada por uno de los comerciantes más *caveiros*, que dicen las mujeres.

De suerte que no nos quedó más remedio que renunciar pronto á los objetos de mucha vista y poco coste, dado que no habíamos de falsificar las etiquetas.

Con que aquí de las cuentas del insignie dramaturgo y querido amigo mío Leopoldo Cano,—porque también los poetas de alto vuelo descienden á ocuparse en estas menudencias—cuyo regalo no falta jamás en ningún beneficio: dice Cano: Se escribe una obra y, saliendo muy bien y gustando mucho, produce al autor doce ó catorce mil reales, que se le van en cuarenta beneficios á que por lo menos le invitan cada temporada: porque, habiendo tenido un éxito, no va Vd. á hacer regalos de cinco duros á las actrices y actores; de modo que el bello ideal del autor debe ser el que sus obras le produzcan lo suficiente para que, al llegar los beneficios, no tenga que poner dinero encima.»

No diré que no hay alguna exageración en el razonamiento; pero si vieran ustedes que poquita, que poquita...

Y estoy seguro de que para estas horas ya habrán dicho Vds., bien á los que los rodean ó bien para sus adentros: Se conoce que este cronista habla *pro domo*

ma, cuando solo se refiere á los autores y á sus apuros tratándose de beneficios: pues qué nada más que á los autores escriben los cómicos esas cartitas comprometedoras? No, señor; se las *disparan* también á otras personas que no son autores; pero para estas no hay compromiso en el verdadero sentido de la palabra, porque pueden dejar de asistir á los bastidores cuando gusten, y porque no tienen para qué ni porqué temer las iras de los cómicos.

Además, las actrices y actores pueden tener, y tienen, amigos, como todo el mundo, y estos amigos no harán, obsequiándolos, más que cumplir con su deber. Si les habían de regalar una colineta el día de su Santo, se la regalaban el día de su beneficio, y *patá*, como dice la gente de Lavapiés y las Vistillas.

Pero los autores que están obligados y deben favores, según opinan los interesados, á todos los cómicos, figúrense ustedes si tendrán que hacer números en cuanto apunta la primavera. El que ve en un periódico anunciado un beneficio no se echa á temblar, tiene más valor que Cesar ó es más rico que Crespo.

Claro que en esta regla, como en todas, hay excepciones, y, por lo mismo que escasean, debo hacer justicia á las actrices y á los actores que no envían cartitas á domicilio, y se contentan buenamente con los obsequios espontáneos. Si no fuera feo, citaría media docena de nombres que retozan en los puntos de mi pluma.

De todos modos es preciso formar una sociedad de defensa contra los beneficiados, porque esto pasa ya de castaño oscuro.

Yo declaro que desde el año próximo no pienso pagar las localidades que me regalen.

Y al otro estoy seguro de que no me regalarán ninguna.

¡Regalar! ¡Para que se fie uno de las palabras!

S. de Trasmiera.

30 de Abril.

EL ANILLO DE ZAFIRO.

(CONTINUACIÓN.)

Aquella noche no le fué posible á Florencia conciliar el sueño. Al amanecer se levantó y aguardó con impaciencia la hora de costumbre para ir á casa de mistress Chamberlain. Luego que llegó, dijo que deseaba ver á la señora, y fué introducida en la habitación de ésta, donde la encontró entretenida en bordar.

—Buenos días, miss Trevelyan, dijo mistress Chamberlain mirando con sorpresa á la institutriz; supongo que el motivo de venir á verme tan temprano no será ninguna cosa desagradable?

—No, señora; me trae un asunto que solo á mí me afecta—replicó Florencia;—pero me explicaré. Y en pocas palabras refirió á la sorprendida señora lo esencial de la carta que había recibido la noche antes, y terminó con estas palabras:

—No obstante, mistres Chamberlain, no pienso dejaros hasta que hayáis encontrado otra institutriz.

Con gran admiración de Florencia, mistress Chamberlain se levantó y apoyando su rolliza mano en el hombro de la joven, exclamó.

—Mi querida lady: no quiero que por mi causa retardeis vuestro viaje. Marchad cuando gustéis á casa de vuestra respetable tia. Lady Vavasour, siempre estoy, se enorgullecerá al conocer tal sobrina; y espero que cuando vaya á Londres me permitiréis visitaros.

El cambio de tono y maneras de mistress Chamberlain, no pudo menos de traer á los labios de Florencia una irónica sonrisa; pero cortésmente replicó que estaba muy agradecida á las consideraciones que se la habían guardado.

—Y, ¿cuando pensáis dejar á York, querida niña?

—Hoy voy á contestar á mi tia, contestó Florencia; y me parece que podré ir á Londres pasado mañana, pues tengo pocos preparativos que hacer.

—Entonces, querida mia, os quedaréis á comer con nosotros, y os despediréis de vuestras alumnas.

Por la tarde Florencia se despidió de sus discípulas, siendo muy de notar la emoción que experimentaron, pues aunque torpes y mal educadas, la cariñosa influencia del aya había sabido hacerse camino en aquellos infantiles corazones.

Al dejar aquella casa, sintió como si una página del libro de su vida se hubiese vuelto para siempre, haciendo lugar á otra brillantemente iluminada con risueños colores.

Escribió una carta á lady Vavasour, expresándole su alegría al tener noticias de ella, y anunciándole su intención de abandonar á York al día siguiente que recibiese esta carta. Después Florencia visitó algunas tiendas, donde en otros tiempos había hecho pequeñas compras, y con una parte del donativo de su tia—que para ella fué un regalo regio—completó su modesto equipaje. Su traje tan sencillo, que se aproximaba á lo severo, se había siempre distinguido por una esmerada pulcritud. Libre ya para emplear el resto del día según deseara y después de despedirse de algunos conocidos, volvió á su cuarto, cansada de cuerpo, pero lleno el corazón de gozosos presentimientos para el porvenir.

El día siguiente le pareció á Florencia el más pesado de su vida, y después de empacar su equipaje, esperó con impaciencia la hora de la marcha.

III.

Una graciosa jovencita estaba esperando en el andén del ferro-carril de York, y aunque los pliegues de un largo impermeable no dejaban ver enteramente la armonía de las líneas, no podían ocultar la belleza y esbeltez de sus formas.

Así lo pensaba el capitán Mowbray, que esperaba también el tren, con su quien acompañaba hasta Londres. Se fijó donde buscaba asiento su graciosa desconocida, y animó á su compañera á entrar en el mismo carruaje, diciendo:—Aquí Beatriz; aquí, todos los demás están llenos.—Ocupó pues aquel wagon, y una vez que estuvo sentado, dispuso lo conveniente para su *confort* y comodidad durante el viaje.

Con curiosa é interesada mirada observaba Florencia á sus compañeros de viaje, pareciéndole que eran personajes del mundo desconocido en que ella iba á penetrar.

La joven era alta: sus ojos y sus cabellos negros como la noche, su *cútitis* de un moreno subido y sus labios rojos. Llevaba un vestido de seda color púrpura, y sobre sus pequeñas y bien modeladas manos caían los finísimos encajes *valenciennes* de sus mangas, teniendo los dedos cubiertos de riquísimas sortijas.

Su compañero era un hombre en el pleno vigor de la vida, de hermosa é imponente figura, de rubios vigotes y patillas, de ojos azules y rasgados que miraban á todos con arrogante lealtad.

Florencia se entretenía en hacer conjeturas sobre quiénes serían, mientras ellos hablaban en italiano, idioma que parecía ser más familiar á la joven que el inglés.

A medida que el tren iba aproximándose á Londres, el corazón de Florencia latía velozmente. En seguida que hubo llegado y bajado del wagon y cuando se preparaba á ir á recoger su equipaje, un lacayo de elevada estatura se acercó, y quitándose respetuosamente la gorra, dijo:

—¿Miss Trevelyan? Habiendo respondido Florencia que era ella la que él buscaba, fué conducida á un carruaje que estaba aguardando, después de haberse recogido el equipaje, marcharon en dirección de la plaza de Belgrave.

Sintióse completamente aturrida al penetrar en aquella ciudad tan nueva para ella por no estar acostumbrada á la vida de un gran pueblo. Cuando se paró el coche, Florencia temblaba de pies á cabeza: pero no necesitó preguntar con balbuciente voz si lady Vavasour la esperaba, porque fué inmediatamente introducida en una pequeña y ricamente alhajada habitación. Cerca de la ventanera, se hallaba una señora, que tan pronto como entró la viajera, se volvió rápidamente, y después de una larga y penetrante mirada recibió á Florencia en sus brazos y la besó derramando lágrimas de ternura.

—Hija mia—murmuró al fin,—sois tan parecida á vuestra pobre madre, que me parece que la estoy viendo.

—¿Porqué os habré tenido tanto tiempo alejada de mí? ¡Que el cielo me perdone!

—Mírame, queridísima mia, y dime que me has de querer!

—Querida tia,—dijo Florencia enterrecida, mientras que las lágrimas rodaban por sus mejillas.—Siempre os queirré, si me lo permitís, pues no tengo en el mundo una persona más allegada que vos.

—Lo propio me sucede á mí, pues soy viuda y sin hijos, y el único ser después de tí que tiene algún derecho á mi cariño es un sobrino de mi difunto marido. Pero ahora ya no será lo mismo, porque no te separarás de mi lado. Me has traído una felicidad que creí no tener ya nunca.

Florencia al besarla comprendió que había hallado una segunda madre; pues lady Vavasour, á pesar de sus escentricidades y de su volubilidad, poseía un corazón de oro, expansivo y cariñoso como pocos. Así que se hubieron serenado ambas, hizo que Florencia relatase los detalles de su vida pasada, y la estrechaba más y más contra su pecho según iba contando las penas y disgustos que había sufrido en este mundo, y eso que Florencia suprimía muchos que hubiesen apenado demasiado á su tia, si los hubiera recordado.

—Mañana, querida mia—dijo lady Vavasour,—recorreremos las tiendas; quiero colorear mi lirio: pues aunque me agrada muchísimo, tal como estás, no podemos menos de obedecer á las despoticas leyes de la vanidad.

—Os doy las gracias, querida tia—replicó Florencia.—Pero os ruego que no me compréis nada costoso; estoy acostumbrada á vestir toda mi vida muy sencillamente.

—Ya lo sé, hija mia; pero ahora tenéis que complacer á vuestra tia y vestir á su gusto.

Con un suspiro, muestra de la sensación nunca sentida, de vivir con quien ya amaba, Florencia se volvió á contemplar un ramo de jacintos que estaba en la ventana, y el cual perfumaba el aire con su delicado aroma: miró con muchos años sus preciosos colores, y muchos años después, donde quiera que aspiraba la fragancia de los jacintos, la escena de su primera entrevista con su tia, se pintaba vivamente en su imaginación.

(Continúa.)